

incunable

COLEGIOS MAYORES SACERDOTALES DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Núm. 21 - Mayo 1950 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116

Ideario Claretiano...

EL APOSTOLADO, MISTICA DEL SACERDOCIO

Para INCUNABLE, palestra de una generación sacerdotal con ansias apostólicas. En el día de la canonización de la figura señera del sacerdocio español, S. Antonio María Claret.

La silueta del Padre Claret--apóstol de España y de Cuba en el siglo XIX--; erguida sobre el pedestal que Roma erige a los héroes de la santidad, atrae nuestras miradas. Nos produce vértigo el volumen prodigioso de su multiforme actividad sacerdotal.

Apóstol de la palabra. De sus labios incandescentes brotaron veinticinco mil sermones. Diez, doce y hasta catorce sermones predicaba diariamente el Padre Claret:

"No me puedo contener--escribía el gran apóstol--; mi alma no halla consuelo si no es corriendo de uno a otro lugar para predicar en todos."

Apóstol de la pluma. La Virgen le sugiere esta vocación de escritor: "Antonio, escribe." Y de su pluma brotaron 120 obras y opúsculos de propaganda religiosa, con un total de 21.000 páginas, que llevan el sello del sacrificio porque fueron escritas en horas hurtadas al sueño.

Apóstol de la prensa. Pío XI destaca esta modalidad del apostolado claretiano:

"Este es el título peculiar, la gloria y mérito característico de Antonio María Claret: el haber juntado en felicísimo enlace el ministerio de la predicación con el uso externo, muy moderno, muy solicitado, muy eficaz, muy popularmente genial de la prensa, del libro, del folleto, de la hoja volandera."

El Padre Claret fundó dos instituciones geniales de prensa católica: la Librería Religiosa, que en 1866 había publicado 9.569.000 impresos, y la Academia de San Miguel, que en 1859 había distribuido 1.071.000 volúmenes.

Distanciados casi un siglo de su acción misionera, queremos ahondar en el secreto de su dinamismo apostólico. Escribo para almas jóvenes, que sueñan--deben soñar--en los problemas apremiantes de su futuro apostolado sacerdotal.

El Padre Claret, en el día de su glorificación suprema--refrendo infalible de su acción sacerdotal en la Iglesia--nos va a hablar del apostolado como "mística" del sacerdocio.

Entendemos aquí la palabra "mística" no en el sentido técnico, tradicional en las ciencias del espíritu, como expresión de la vivencia pasiva del orden sobrenatural, sino en el sentido acuñante que le diera Peguy. Para éste, la "mística" es la "esencia", el núcleo de ideas-fuerzas que forman el alma de un movimiento, dándole su unidad, su dinamismo y su fuerza avasalladora. Todo aquello que hace sagrada una causa por la que el hombre lo sacrifica todo, sin retroceder ante la muerte.

¿Cuál es la "mística" del sacerdocio? ¿Qué idea madre, nuclear, sintetiza el sacerdocio y explica la trayectoria de su misión en el mundo?

Problemas candentes, cruciales, sobre todo al estudiarlos--hechos vida--en la gigante figura sacerdotal del Apóstol de España y de Cuba, San Antonio María Claret.

El problema de la "mística" sacerdotal no es del todo nuevo. Al estudiarse la espiritualidad del sacerdocio, ya se apuntaba de algún modo el problema de la "mística" sacerdotal. La vida espiritual interna es la que explica en el sacerdote su dinamismo.

Pero el ambiente religioso donde tiene que actuar el sacerdote de hoy ha dado a la cuestión un matiz nuevo. "Un sentido de combate a lo divino". Sin descuidar la espiritualidad, se prefiere poner de relieve "el dinamismo operante del sacerdocio". Parece que la obsesión del sacerdocio en nuestros días es la del combate, del apostolado. Al sacerdote--diríamos--se le exige ser santo, pero para ser "apóstol"--con vistas a la comunidad--más bien que para ser perfecto individualmente.

En esta postura de la "mística sacerdotal" se adelantó el Padre Claret--como en tantas otras cosas--casi cien años a su tiempo:

"Una cosa tiene el Padre Claret que es difícil encontrar en otros santos--escribía su mejor biógrafo, el P. Fernández, C. M. F.--: la práctica de la virtud con miras al apostolado, con miras a ganarse los pecadores para Jesús, más todavía que con ansias de ser perfecto."

Toda la vida de Claret está centrada en el apostolado: "La vida del Beato--dijo Pío XI--fué toda ella un perenne desarrollo de apostolado."

Y es que el Padre Claret concibe al sacerdote como hombre de acción. Su ideario sacerdotal gira en torno a la misión apostólica del ministro de la Iglesia. Para Claret, el apostolado constituye lo que hemos llamado "mística" del sacerdocio.

Ya de niño soñaba nostálgicamente en el sacerdocio como en una empresa de apostolado.

En su "Autobiografía" escribe: "Al anochecer, cuando apenas quedaba gente en la Iglesia, entonces volvía yo, y solito me las entendía con el Señor, me ofrecía a su santo servicio, deseaba ser sacerdote para consagrarme día y noche al ministerio."

Pero--hay que decirlo muy alto--el apostolado del Padre Claret no era un apostolado con resabios de americanismo, de activismo naturalista, sin el fundamento y contrapeso de una profunda espiritualidad. La actividad de vértigo que desarrolló "el misionero apostólico" Padre Claret brotaba de la meditación profunda de las verdades eternas y del amor a Cristo.

Las precoces ansias misioneras de Claret--nos lo dice él mismo--nacían de la consideración de las eternas verdades, particularmente del infierno:

"Las primeras ideas de que tengo memoria son que cuando tenía cinco años, estando en la cama, en lugar de dormir, pensaba en la eter-

nidad, pensaba... ¡siempre, siempre, siempre!... Esta idea de la eternidad de penas es la que me ha hecho, y me hará trabajar mientras viva, en la conversión de los pecadores, en el púlpito, en el confesonario, por medio de libros, estampas, hojas volantes, conversaciones familiares, etcétera, etc."

El Padre Claret se movía--como todos los grandes apóstoles--en esta atmósfera de fe, y por eso juzga la cosa más natural del mundo la portentosa actividad misionera que desarrollaba. Para Claret resulta incomprendible la apatía de tanto sacerdote ante el problema de la salvación de sus hermanos.

"No sé comprender--escribe en su "Autobiografía"--cómo los otros sacerdotes que creen estas mismas verdades que yo creo no predicaban ni exhortan para preservar a las gentes de caer en los infiernos."

La salvación de las almas era una obsesión en el Padre Claret. Y esta obsesión acuciadora quería infundir en el alma de todos los sacerdotes.

En cierta ocasión se le acercó en Palencia un sacerdote para besarle el anillo. El Arzobispo Claret, obsesionado por su idea favorita, le dijo con acento emocionado: "¡Las almas, señor cura, las almas que se pierden! ¡Hay que salvar las almas!"

El celo inflamado del Padre Claret nacía de su amor a Cristo. El amor a Cristo explica en último término la epopeya de su vida misionera.

"Charitas Christi urget nos", puso el Padre Claret como lema de su escudo arzobispal. Y en verdad el grito de fuego del gran Apóstol San Pablo condensa todas las ansias claretianas.

En su "Autobiografía" dejó escrito: "La caridad me urge, me impele, me hace andar, me hace correr de una población a otra."

Un día un grupo de estudiantes de la Universidad de Barcelona determinó seguir al Padre Claret a todas las iglesias donde predicara; al terminar el séptimo sermón de aquel día rodean al predicador y le dicen:

"Usted se mata con tanto predicar; no se explica cómo puede resistir tantas fatigas; esto es un misterio que no se comprende."

El Padre Claret sonríe y les dice: "Enamórense ustedes de Jesucristo y de las almas, y lo comprenderán todo, y harán mucho más que yo."

El Padre Claret quería un sacerdocio militante, siempre en vela como vigía del espíritu, como fuerza de choque invencible a los ataques de los enemigos de la Iglesia.

Ante el panorama sombrío con presagios de tormenta que ofrecía España en su aspecto religioso a mitades del siglo XIX, el Padre Claret soñaba optimista--para poner remedio a tan universal naufragio de los valores religiosos--en una generación sacerdotal sabia y santa con ansias apostólicas:

"Continuamente pienso--escribe en la "Autobiografía"--qué remedio se podrá poner a tan gran mal, y después de haber discurrido mucho, veo que el remedio es la formación de un buen clero, sabio, virtuoso, celoso y de oración...; aun hay fe en Israel si se trabaja."

En esta encrucijada histórica del

Glosa de la Purificación

Este blanco vellón leve, que al hielo esta noche estuvo, tanta sed de nieve tuvo como si él no fuera nieve.

CALDERON

En el templo entra María, más que nunca pura y blanca. Luces del mármol arranca. Reflejos al oro envía.

Va el cordero entre la nieve; la Virgen, nevando al Niño; nevando a puro cariño este blanco vellón leve.

Las dos tórtolas que ofrece ya sueñan y ya se posan.

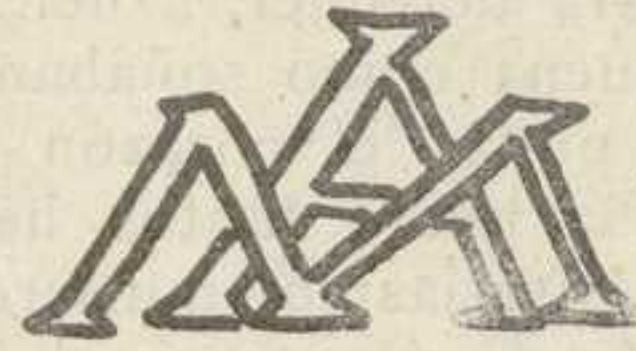
Ana y Simeón rebosan gozo del tiempo que crece, que estalla, que está. No hubo quien viendo al blanco alhelí dijera--por ti, por mí--que al hielo esta noche estuvo.

La Pureza--¡oh maravilla!--quiere tornarse aún más pura. Y Jesús, de su blancura le baña frente y mejilla.

Tanto porfió, que anduvo cándido el aire de plumas. Tanto amor tuvo de espumas, tanta sed de nieve tuvo.

Ya ha cesado la nevada. Y el Niño, tan blanco, blanco, oye que va a ser el blanco de contradición, la espada, ¡ay!, para su Madre, y mueve hacia Ella sus ojuelos, regalando desconuelos como si El no fuera nieve.

GERARDO DIEGO



RONDEL

Luna de la noche oscura, voz que clama en lejanías, cabellos de plata fina,

vino silvestre, consuelo y vida, agua sin cauce, ¡María!,

de la huerta de mis rosas eres Tú la rosa mía.

Luna de la noche oscura, voz que clama en lejanías cabellos de plata fina... ¡María!

NICOLAS IRURZUN

50--en que nos toca vivir y ejercer nuestra misión sacerdotal, misión apostólica--; el naufragio de los valores del espíritu es más universal y profunda que hace un siglo. La consigna de Claret tiene una vigencia palpante. El ideario claretiano: el apostolado, mística del sacerdocio, debe ser el programa del sacerdote del siglo XX.

Hoy, como hace un siglo, el remedio de nuestra sociedad paganzada--el retorno de las masas sin fe a Cristo--está en las manos de una generación sacerdotal--como la soñara el Padre Claret--"sabia, virtuosa, celosa y de oración".

B. PRADA, C. M. F.

Salamanca, 7 mayo 1950.

Editorial

San Antonio María Claret

Aunque en otro lugar de este número se dedica un artículo, escrito con filial unción, a exaltar su figura, parecería poco a quienes hacemos INCUNABLE si no dedicásemos un "editorial" que, por ser de todos, expresa el común sentir.

Nos atrae su colosal figura. Nos asombra su multiforme actividad. Nos subyuga, sobre todo, la ejemplaridad sacerdotal de toda su vida. Empapado por completo de su sacerdocio, supo el P. Claret vivirlo hasta sus últimas exigencias. Y ese sacerdocio le empujó a campos tan nuestros como el de la Prensa, y prendió en su alma inquietudes tan nuestras como la de responder a las necesidades de su siglo.

Por eso la solemnidad de su canonización ha sido para INCUNABLE un día de auténtica fiesta. De hondo e íntimo gozo.

Pero al verle en los altares rodeado ya de la aureola de la santidad hemos visto tras él el fondo sobre el que se destacaba. Gigantesca su figura en sí. Pero más gigantesca aún en medio de tantos pigmeos. Es triste tener que confesarlo: su labor maravillosa se desenvolvió en medio de un ambiente sacerdotal lleno de atonía, carente de auténtica vibración, falto de calor y entusiasmo. Releyendo su vida piensa uno: ¿qué podría haberse hecho si hubiese sido secundado en sus iniciativas? Un puñado de leales, ciertamente excepcional. Detrás de ello... nada. La indolencia, la pereza, la intriga malogrando sus espléndidos esfuerzos.

Por eso quisiéramos que la admiración por su figura, puesta en primer término con el fausto motivo de su canonización, sirviese antes que nada de estímulo.

Estímulo para el trabajo. Que como él fuésemos capaces de mantener tenso nuestro ánimo entre labores sin cuento, prestos siempre a emprender nuevas y más difíciles empresas por la gloria de Jesucristo, a predicar a los muchedumbres o escribir silenciosamente en la soledad, a entregarnos a la tarea perseverante y tenaz de la que en último término, más que de fulgurantes explosiones, depende el triunfo.

Estímulo para el aliento. En circunstancias mil veces más difíciles, el P. Claret no supo lo que era el desaliento. Reléase con admiración temblorosa la narración de sus trabajos en Cuba. Reléase la de sus misiones en la Península e islas Canarias. O la de sus tareas en la Corte. Por todas partes se le ve anclado firmemente en la roca firmísima de su fe por la esperanza cristiana. No con el optimismo bobo de quien piensa que todo va a salir bien, puesto que siempre tuvo visión clarísima de los acontecimientos, si no con la visión serena del sacerdote que sabe estar disciplinadamente en la brecha, fijos tan sólo sus ojos en la mano del Señor, que va dirigiendo todos los acontecimientos.

Estímulo para la santidad. Santidad auténtica y santidad sacerdotal. Cultivada amorosamente entre mil y mil circunstancias difíciles. Santo, corriendo a pie por los caminos de Cataluña. Santo, al caer ensangrentado víctima del atentado de Holguín. Santo, en los salones de la Corte. Santo, en el destierro. Pocos ejemplares tan claros de una santidad auténticamente sacerdotal: en medio de mil trabajos, entre el ambiente del mundo, haciendo frente a dificultades inauditas.

De todas las lecciones de su multiforme y pasmosa vida, ésta es la que más quisiéramos incorporar a las nuestras. Porque supuesta la santidad de Claret, todo lo demás que él tuvo se nos daría también, como a él, por añadidura.